

**Las Cuevas, Flores,  
El Carare y Bolívar**



## CAPITULO IX

Los indígenas habitantes de las serranías que demoran al norte de Vélez comunicaban con los de las tierras bajas hacia el Magdalena por una senda escabrosa, cuyo término eran las aguas del río Carare, tributario de aquél, navegable y caudaloso; ruta sin duda preferible a la del Opón, trazada por los primeros conquistadores, puesto que en 1542 determinaron éstos aprovecharse de la mencionada senda para sus comunicaciones y comercio posterior con Cartagena y Santa Marta, sirviéndose de los indios como de bestias de carga. Consérvase hoy día ensanchada y mejorada la misma ruta, que principia al oriente de la ciudad, sube a la cumbre de Peña de Vélez y de allí continúa en la dirección sur-norte, midiendo 19 leguas hasta el actual puerto de Carare, y del puerto al Magdalena 14 leguas granadinas. Como la prosperidad y bienestar de la provincia dependen para lo futuro enteramente de su fácil comunicación con el Magdalena, resolvimos examinar este camino, a fin de juzgar con conocimiento de las cosas, si él satisface la necesidad urgentísima que de una vía mercantil tiene Vélez.

Asciéndese, como llevo dicho, hasta la cima de la Peña de Vélez por rápidos cortes practicados en una cuchilla angosta que en este lado despide la serranía, siguiéndose luego una meseta de terreno compacto, después de la cual se baja a la planicie irregular y estrecha donde tiene sus cabeceras el río de Guache; breve espacio cerrado al norte por las cumbres del Roble y de Las Brujas y poblado de multitud de casitas rodeadas de labranzas. Traspuesto el Alto del Roble, comienza una extensa serie de cerros formados por gruesas estratas calcáreas, estribos de los altos ramales del este y occidente por medio de los cuales corre el Orta. Coronan estos cerros árboles frondosos que hacen un bello contraste con las descarnadas rocas, veladas en partes por arbustos y enredaderas siempre verdes, mediante el riego de ocultos manantiales alimentados por las copiosas lluvias, cuya filtración lenta y permanente ha excavado en las peñas cavernas

prolongadas que perforan los cerros y laderas, como se echa de ver por las aberturas que de trecho en trecho se perciben y por lo sonoro del piso del camino. A esta particularidad debe su nombre el vecindario de Las Cuevas, situado sobre los estribos de la serranía del oriente, cuatro leguas al norte de Vélez y compuesto de crecido número de casas con labranzas desparramadas por las alturas vecinas y los profundos vallecitos que separan cada estribo, cada colina. Salvo la cumbre de las serranías principales, todo aquel espacio ha sido modificado por hundimientos repentinos, ora formando planos inclinados sembrados de gruesos fragmentos de rocas, ora hoyos espaciosos en figura de embudos, que son otros tantos sumideros por donde las aguas van a perderse en corrientes subterráneas. Por más de una legua de extensión sorprenden la vista innumerables peñascos desnudos, labrados por la intemperie en mil formas caprichosas: murallas colosales, torres almenadas, ruinas de edificios; no hay objeto de arquitectura que la imaginación no se represente en estas masas inmóviles y blanquecinas, que interrumpen con sus moles el fondo de verdura sobre que se alzan y a cuyo lado aparecen humildemente arrimadas las mezquinas habitaciones del hombre; no hay ruido que no sea devuelto por ecos multiplicados; no hay recodo del camino que no guarde una sorpresa al entretenido viajero entre los súbitos repliegues del terreno.

En esta comarca moraban numerosas tribus de indios laboriosos que Martín Galiano, fundador de Vélez, halló regidos por los Usaques, Agatá y Cocomé. Hízoles guerra de exterminio, cruel y traidora, como la acostumbraban los conquistadores, sin necesidad ni provocación, movido únicamente por el deseo de cautivarlos y venderlos a los nuevos encomenderos. Los indios se defendieron hasta que la experiencia les demostró la ineficacia de sus armas comparadas con los arcabuces y perros de presa de los españoles, y entonces, desesperados mas no abatidos, se retiraron a lo profundo de las cavernas, y cambiando las entradas se dieron la muerte: pocos prefirieron la esclavitud. Recientemente comenzaron a descubrirse las entradas de estas cavernas, ricas en nitro, y al destaparlas para buscar el valioso mineral, se hallaron montones de esqueletos envasados unos sobre otros en astas de madera endurecidas, fijas en el suelo: la horrible historia del suicidio de dos naciones apareció allí manifiesta y espantable con su infinita variedad de suplicios voluntarios; pero los descendientes de los conquistadores, lejos de respetar la última morada de la raza oprimida, se han apresurado a quebrantar

tar y revolver los huesos de las víctimas para quitarles las joyuelas de oro y excavar las nitreras naturales sobre que reposaban. ¡Triste destino de esta raza desventurada! pensé al contemplar la devastación de aquellos osarios: nuestros antepasados la saqueaban y atormentaban en vida; ¡nosotros la perseguimos en los sepulcros para saquearla después de muerta!

Dos leguas más adelante se encuentra el pueblo de Flores, centro del distrito, a la altura de 1.039 metros sobre el nivel del mar, rodeado de bosques ricos en diversas maderas de construcción y en quinas rojas y naranjada, de que los vecinos de Las Cuevas exportan muchas cargas anualmente, y abundantes en helechos arborescentes de 8 a 9 varas de elevación, coronados por un copioso penacho de hojas grandes y lozanas, a guisa de palmeras. Entre los infinitos tesoros vegetales contenidos en estos bosques, que tanto admiraron y entretuvieron a nuestro botánico Céspedes, se distinguen el acuápar y el manzanillo, árboles de traidora frondosidad, pues al que se ponga bajo su sombra le hinchan monstruosamente todo el cuerpo; el albatague, muy eficaz para toda hinchazón; el bejuco de cruz, cuyas hojas machacadas restañan la sangre de las heridas; y finalmente, el arisá, hermoso árbol recto, cargado de manojos de flores encarnadas y de tanta virtud para contener la hemorragia por las narices, que aplicado sobre la frente un pedazo de árbol despojado de la corteza, termina en el acto la salida de la sangre, por copiosa que fuere; precioso específico desconocido de la generalidad y perdido con otros muchos no menos preciosos que permanecen intactos en aquellas selvas perfumadas y solitarias. El clima de Flores, fresco y agradable (20 grados del centígrado), es muy sano y el mejor remedio para el coto, pues con sólo permanecer poco tiempo en el lugar, desaparece completamente. El distrito cuenta 1.000 vecinos; pero ya se concibe que van en aumento, excepto en la parte montuosa y ardiente desde el paso del Orta hacia el Magdalena. Así, Flores y Las Cuevas, con 700 vecinos, dan un movimiento de población de 57 nacimientos, 26 decesos y 14 matrimonios, en el espacio de doce meses, siendo comunes los ejemplares de longevidad notable.

Goza este distrito el beneficio de poseer un cura, modelo del sacerdote cristiano, desinteresado, humano, lleno de bondad, que se desvela por mejorar la suerte de sus feligreses, así en lo moral como en lo material, severo consigo mismo, tolerante para con los demás, enteramente consagrado al desempeño de su alto ministerio; joven sin ambición mundana, que ha sabido restau-

rar y adornar la humilde iglesia del pueblo, convirtiendo un rancho de paja en templo, cuyo interior resplandece de blancura, y cuyos adornos sencillos inspiran más respeto y son más apropiados al culto verdadero que las ostentosas ridiculeces de muchas iglesias de las ciudades. Llámase este ilustrado y modesto sacerdote Wenceslao Díaz; y al escribir su nombre de una manera particular, en mi gratitud como granadino y como cristiano, quisiera distinguirlo del común de los párrocos, que tantos motivos dan de pena y desabrimiento al granadino y al cristiano, por su incapacidad como hombres de civilización, y por su indignidad como ministros de caridad y de buenas costumbres. Ellos desconocen por ignorancia, o abaten a sabiendas, la noble misión de que están encargados, especialmente en este país nuevo que ensaya la libertad y donde la democracia podría convertirse en objeto de amor para el pueblo, arropándola con una religión que tiene por bases la caridad y la igualdad, y que en cierta manera santifica la república.

Es Flores el límite de lo habitado hacia esta parte del cantón de Vélez; pasado el pueblo empieza la soledad: pasado el Orta, los bosques altivos, en donde, según expresión del profeta, "los animales montaraces reposan con seguridad, porque no hay quien los espante". El camino cesa de ser una vía transitable, y comienzan en continua sucesión las subidas y bajadas por cerros abruptos, gredosos y constantemente empapados en lo alto por las lluvias, y en lo bajo por manantiales que aflojan el terreno, formando pantanos pegajosos en donde las bestias se hunden y fatigan, y pierden hasta el instinto de elegir lo menos peligroso. Ninguno de nosotros se escapó de caer rodando con la cabalgadura por las resbalosas cuestas, o en hoyos en que era menester auxilio de tercero para salir de entre el espeso lodo; hasta los peones, con ir a pie, pagaron allí su tributo de porrazos. "Consiste, nos decía el práctico, que también se cayó varias veces, consiste en que sus mercedes no son baquianos de los hoyos". Esta frase lo dice todo: en aquel camino es necesario aprender cuáles son los hoyos menos peligrosos, pues la elección nunca tiene por objeto lo bueno y lo malo, sino lo peor y lo pésimo: elección entre hoyos y hoyos, cuya profundidad no es posible adivinar al través del amarillo fango de que están llenos. Cuatro leguas se caminan de esta manera, y en seguida comienzan los *pasos* del río Guayabito, que en su tortuoso curso corta cuarenta y nueve veces la línea de tránsito hasta llegar al caserío llamado La Cimitarra; desde aquí al puerto del Carare es llano el terreno, y el

camino parece bueno al que ha pasado lo de atrás. Por tanto, es un delirio creer que ésta pueda ser la vía mercantil en que Vélez funda sus esperanzas; es ocioso pensar en mejorarla sin variar de ruta. La rara perseverancia, la actividad y el empeño del señor M. M. Zaldúa, encargado de la composición de este camino, nada podrán jamás contra obstáculos invencibles para quien no tiene a la mano sendos miles de pesos, porque sin una gran suma de industria y de recursos, los cerros gredosos y los minadores manantiales se burlarán de cuantos esfuerzos se hagan para dominarlos permanentemente.

Las selvas del Carare no ceden en riquezas de todo género a las de la hoya del Minero, y las sobrepujan en majestad. Desde que se entra en el laberinto de colinas que ciñen los tortuosos pliegues del río Guayabito, se viaja por en medio del alto bosque que a derecha e izquierda limita la fangosa línea del camino, siempre bajo la sombra, siempre húmedo y denso el ambiente, en términos que disparado un tiro de escopeta, permanece quieto el humo de la pólvora largo rato sin ascender ni disiparse. El caucho, el almendrón y el ceibo, colosos de vegetación, yerguen sus copas por encima de los demás árboles, cobijándolos con sus gigantescas ramas, mientras el tronco, redondo y recto, cuya circunferencia ocupa un grande espacio, sostiene y alimenta profusión de árboles menores, enredaderas semejantes a gruesos cables, y tribus enteras de parásitas sembradas en todas las axilas de las ramas. Cuando uno de estos colosos cae desarraigado por el huracán o minado por la vejez, abre en el bosque una ancha calle, tronchando y sepultando bajo sus ruinas cuanto alcanza, y entonces el oscuro tronco forma una eminencia prolongada que se cubre de arbustos e interrumpe la llanura con la apariencia de una larga colina; tal es la grandeza de estas ruinas vegetales, imponentes aunque postradas.

Enumerar las miríadas de animales que pueblan la selva sería imposible. Encima es un interminable ruido de aves, que ora sacuden las ramas al volar pesadamente, como las pavas y paujjes, ora alegran el oído y la vista como los jilgueros, las diminutas quinchas (colibrí) o el soliluna, pájaro de silencioso vuelo, brillante cual mariposa, llevando en las alas la figura del sol y de la luna creciente, de donde le viene su nombre. Alrededor remueven el ramaje multitud de cuadrúpedos, y los inquietos zambos corren saltando de árbol en árbol a atisbar con curiosidad al transeúnte, las hembras con los hijuelos cargados a la espalda, y todos juntos en familia chillando y arrojando ramas

secas; mientras más a lo lejos los araguatos, sentados gravemente en torno del más viejo, entonan una especie de letanía, en que el jefe gruñe primero y los demás le contestan en coro. Bajo los pies y por entre la hierba y hojarasca se deslizan culebras de mil matices, haciéndose notar la cazadora por su corpulencia y timidez, y la lomo-de-machete, de índole fiera, cuerpo vigoroso, coronada de cresta y armada de una sierra que eriza sobre el lomo al avistar al hombre, lo que afortunadamente sucede raras veces; en ocasiones saltan lagartos enormes, parecidos a las iguanas, y huyen revolviendo la basura del suelo; en otras nada se ve, pero se oye un sordo rozar en la espesura, y el ruido de un andar lento a través de la maleza; de continuo y por todas partes la animación de la naturaleza en el esplendor de su abandono; y a raros intervalos, a orillas del camino y escondida, se encuentra la choza miserable de algún vecino de Guayabito, pálido y enfermizo, o cubierto el cutis con las manchas del carate: el hombre está demás en medio de aquellas selvas y sucumbe sin energía, como abrumado por el mundo físico.

Regresamos a Vélez pasando por Bolívar, centro de la nueva parroquia de este nombre, la cual cuenta 3.600 habitantes consagrados activamente a la agricultura, que es allí floreciente. Queda el pueblo a tres leguas al suroeste de Vélez, situado en la falda oriental de una elevada serranía, que es continuación de la de Cuevas, y en consecuencia presenta los mismos accidentes de formación, con la desventaja de escasear las aguas vivas, pues todos los manantiales se pierden y desaparecen por las cavernas que perforan las serranías y estribos. Abunda el terreno en minas de cobre, hierro, plomo, cuarzo, azufre y carbón, y cerca del pueblo, en una quiebra de la serranía, se hallan copiosas muestras de mina de amatista. Son frecuentes las igniciones de piritas de hierro, que calcinando las rocas producen derrumbes considerables en las tierras faltas de apoyo. Actualmente arde uno de estos volcanes inofensivos en el sitio llamado Real de Ture, exhalando torbellinos de humo en tiempo de lluvias. La combustión tiene lugar en lo inferior de un cerro abundante en pizarra pulverizada y marmajas, y formado por capas de calcáreo consumido ya en mucha parte. De los pequeños cráteres se levanta un vapor fuertemente azufrado, y el termómetro, introducido a media vara de profundidad, marcó una temperatura superior al término máximo de la escala. Fuera del radio de la ignición, el terreno mantiene su frescor y aspecto naturales, y la vegetación se conserva inalterada.



Para ser Bolívar un pueblo que no cuenta diez años de fundado, es bastante grande y no carece de buenas casas, entre ellas la de la escuela, con veinte niños, muy ordenada y bien surtida de útiles para la enseñanza. La iglesia es grande, limpia y un modelo de sencillez y buen gusto en sus adornos. Levantóla el actual cura, doctor Castañeda, costeándolo todo de su peculio. Bien merece este digno sacerdote el dictado de benefactor del pueblo por su ejemplar desprendimiento de las riquezas, por la dispensación generosa de los sacramentos y por su infatigable empeño en difundir sanas ideas de cultura y civilidad entre sus feligreses, apoyándolas en un fondo de creencias cristianas purificadas del bastardo fanatismo con que otros suelen afeirlas. La ilustración, la bondad y la tolerancia evangélica de las flaquezas ajenas, sin dejar por eso de corregirlas, concurren a formar el carácter del presbítero Castañeda, sacerdote por vocación, excelente párroco por lo mismo que es buen ciudadano.

Al señor José Landázuri, honrado vecino de Las Cuevas y hombre de una laboriosidad nada común, fuimos deudores de muchos datos interesantes respecto del Carare, sus bosques y montañas. En parte de nuestra excursión nos acompañó, allanándonos las dificultades y auxiliándonos con sus conocimientos prácticos no menos variados que sólidos. Hablábamos siempre del país con el fervor de un ingenuo patriota, mostrando decidido interés por el bien público, suficientemente comprobado con hechos en las diversas y muy penosas exploraciones que ha verificado al través de selvas y riscos casi impenetrables, deseoso de encontrar la mejor línea de comunicación de Vélez con el Magdalena. Vecinos como el señor Landázuri merecen el amor y respeto del pueblo en cuyo beneficio trabajan desinteresadamente; tan desinteresadamente, que ni aun con la gratitud de los contemporáneos pueden contar. Eso tienen de más meritorios que otros los servicios del ciudadano en la modesta vida civil: no los presta con ruido ni los proclama: los ejecuta sin ser percibidos ni glorificado por aquellos a quienes favorece y sin alcanzar otro premio que la satisfacción de haber hecho el bien.

Las demás parroquias del cantón de Vélez no contienen particularidades notables. Habitadas por gentes laboriosas, hospitalarias y de índole inmejorable, forman la base de una población tanto más feliz cuanto se compone de pequeños propietarios exentos del influjo frecuentemente opresor de los grandes capitalistas. Esta circunstancia feliz, común a la provincia, y la ocupación de todos en la noble tarea de la agricultura, escuela prác-

tica de virtudes civiles, los predisponen a ser con el tiempo iguales ante la sociedad, como ya lo son ante la fortuna; es decir, republicanos tan distantes de la altanería del poderoso para con el destituido, como de la propensión al desorden y libertinaje que engendra la ociosa miseria. Bajo este respecto puede decirse que en Vélez ha echado sus cimientos la verdadera democracia, mediante la igual reparación del suelo que los hace a todos propietarios, a todos defensores de la propiedad de cuyos beneficios participan y por consiguiente de las autoridades y leyes que les afianzan el pacífico goce de sus haberes.

Tiene el cantón 63.300 habitantes, presentando un aumento de 8.622 sobre el censo levantado en 1846, y hoy exceden los nacidos a los muertos, durante un año, en 1.200 individuos, de los cuales la mitad no reconocen padre. La instrucción pública se halla en un estado lamentable, puesto que sólo 400 niños concurren a las escuelas; en lo cual influye ciertamente lo despararramado de la población sobre un territorio dos veces más extenso que el del cantón Chiquinquirá. Durante el año administrativo de 1849, fueron juzgados y sentenciados por los jueces letrados, 90 individuos, de ellos 5 homicidas y 24 ladrones; número que comparado con la población total del cantón hace el mejor elogio de aquellos pueblos. *No hay un solo esclavo en Vélez*; frase consoladora que bien quisiera poder escribir cuando hable de las provincias restantes <sup>1</sup>.

La riqueza mineral del territorio es incomparable en todo linaje de metales y fósiles de aplicación industrial. Los fenómenos geológicos abundan, ofreciendo al viajero estudioso un campo de observación siempre variado, siempre nuevo. Uno de los más raros es el llamado Hoyo del Aire, cuatro leguas al nortenoeste de la capital, y media al sureste de La Paz. Consiste en el hundimiento completo de un pedazo del suelo en la falda de la serranía, habiendo quedado un gran pozo de figura elíptica que mide 300 metros de circunferencia, 118 de profundidad hacia la parte superior del plano inclinado de la falda y 75 hacia la inferior; el diámetro mayor, 112 metros, y el menor, 87. Las paredes del hoyo, verticales y formadas de estratas de calcáreo, como el cerro en que está, se hallan cubiertas de vegetación y habitadas sus grietas por gran número de guacamayas, cuyos brillantes colores lucen en lo profundo al cortar en su vuelo espiral los

---

<sup>1</sup> Esto se escribía antes de la emancipación de los esclavos, que fue decretada el 21 de mayo de 1851.

oblicuos rayos del sol. Raro fenómeno, por cierto, el de este hundimiento parcial y perfecto por todos lados; pero no único, pues además de otros análogos que observamos en *Las Cuevas*, hay en las cercanías de La Paz varios de estos hoyos, producidos por la descomposición del calcáreo, con la diferencia de que no descubren paredes verticales como el del Aire, o las descubren por un lado, quedando a la parte opuesta una rambla que se confunde con el resto del terreno en lo bajo de la ladera, y con la ventaja, para lo pintoresco, de hallarse cultivado y a veces habitado el fondo.

